

PEDRO
SIMÓN

PRÓLOGO DE
ENRIC
GONZÁLEZ

PELI-
GRO
DE
DERRUM-
BE

Una oferta de trabajo infame, una sala de espera desquiciante, un director de Recursos Humanos entregado al sadismo y a la entomología y nueve personas que buscan desesperadamente un empleo con la obstinación de un insecto.

Ese es el punto de partida de *Peligro de derrumbe*, una novela poliédrica en la que el autor traza un aguafuerte descarnado de la crisis, la épica (si es que cabe) de unas vidas enmarañadas y rotas, como las ramas de un árbol podrido por la carcoma y que conviene talar.

La madre que vende su reloj y también su tiempo más íntimo. La universitaria que no encuentra empleo ni motivos para seguir buscando.

El insomne que cometió una traición. La trabajadora de la limpieza que siente vergüenza de su olor. El empresario que antes daba miedo y ahora da grima. El encofrador que esconde sus manos...

En esta sala de espera, todos viajan en el mismo barco. Todos lo hacen sin brújula. Y todos se dirigen hacia el mismo despeñadero.

*Para los que no encuentran.
Para los que ya ni buscan.*

«Al nacer, la gota todavía no sabe que dentro de
dos
segundos morirá aplastada contra la pila del
fregadero».
SERGI PÀMIES

«Dicen que estamos en el antedía,
yo diría: no sé ni dónde estamos».
BLAS DE OTERO

PRÓLOGO

El periodismo consiste en contarle a la gente qué le pasa a la gente. Y la gente son personas. Tras esa obviedad aparece la complicación del oficio. Se trabaja con material humano, lo que exige, además de ciertas cualidades profesionales como la honestidad y la precisión, dos capacidades distintas y complementarias: la de comprender hasta donde es posible, y la de renunciar a explicar aquello que no se comprende. Pedro Simón es, en mi opinión, el periodista que mejor ha contado la crisis en España. Lo ha hecho hablando con personas zarandeadas por la crisis (esta crisis, que va más allá de lo económico, nos ha afectado hasta el tuétano individual y colectivo) y revelándolas en su complejidad. Los protagonistas de sus reportajes muestran mucho más grosor que el arquetipo plano y pasivo de la víctima, frecuente en la prensa. Son personas que luchan, caen, yerran, se resienten. Como cualquiera de nosotros, valen para la generosidad y para el rencor. Son lo que seríamos nosotros si estuviéramos en sus circunstancias. No solo nosotros somos capaces de reconocernos en esas personas: estoy seguro de que ellas mismas se reconocen en los textos de Simón, y esa es la prueba definitiva del periodismo de calidad.

Ignoro hasta qué punto Pedro Simón se ha visto afectado por tanto braceo entre miedos, frustraciones y esperanzas. Supongo que se ha llevado más de un rasguño. Y que se le ha quedado un nudo en la garganta.

Esta novela es un nudo en la garganta y un nudo literario con múltiples cabos. Resulta imposible extraviarse, porque cada historia es torrencialmente rica e inolvidable y desemboca en el pequeño escenario de una sala de espera. Los cabos biográficos, la maraña humana, se pliegan de forma elegante en una estructura sencilla, de sobriedad casi teatral. Eso, en cualquier caso, es una demostración de estilo, de capacidad narrativa. A mí me impresiona la exuberancia de la maraña. Quien ha escrito esto ha aprendido mucho en el ejercicio del reporterismo, pero dispone de un talento que excede la técnica periodística. Quien ha escrito esto cuenta con una capacidad extraordinaria para captar voces, gestos, pequeños detalles reveladores, y para descubrir la vida que hay tras ellos, y para demostrarnos que cada vida es nuestra vida. Quien ha escrito esto pertenece a una estirpe rara, supuestamente extinguida desde hace tiempo y obstinadamente necesaria: la estirpe de los novelistas.

Creo que *Peligro de derrumbe* es una gran novela. Una de las novelas importantes del año, o de la década, o, tirando largo, de la crisis. Es un privilegio haberla leído antes de la publicación y es otro privilegio que incluya estas líneas previas: por el orgullo de participar, aún de forma muy marginal, en una obra magnífica. A Pedro Simón se le ha comparado alguna vez con John Steinbeck, el autor de *Las uvas de la ira*. Eso debe impresionarle. No lo sé, no le conozco personalmente. En general, las comparaciones no conducen a ninguna parte. Me limito a advertirle sobre algo: en adelante, Pedro Simón tendrá que compararse con *Peligro de derrumbe* y consigo mismo. Los buenos escritores gozan de la capacidad de hurgar en nuestras entrañas y construir universos completos. A cambio, soportan esa maldición.

ENRIC GONZÁLEZ

CAPÍTULO 1

SALA DE ESPERA

Cuando el Señor Director General de Recursos Humanos aparece con la corbata de tulipanes rojos es que va a haber matanza en la oficina. Quién sabe, a lo peor la cosa termina con unos higadillos encima del archivador, con una amonestación por escrito, con trozos de masa craneoencefálica sobre el teclado, con una sanción de un mes sin empleo ni sueldo. O peor todavía: con una carta de despido bajo el ratón.

Llevaba su corbata de tulipanes rojos el día en que llamó a su despacho a Sonia, la comercial, y le dijo que ya no valía ni para mamarla (literal, que yo lo oí), que cogiera sus cosas y se fuera a tomar por culo. Como si la pobre no hubiera estado tomando por culo todos estos años.

Llevaba su corbata de tulipanes rojos cuando preguntó en voz alta que si alguien había visto su tableta digital. Y no le sirvió que los empleados nos encogiéramos de hombros o dijéramos que no o contestáramos que «ni idea». Mandó que abriésemos todos los cajones, uno por uno, dijo que no iba a salir nadie hasta que no apareciera: la tableta estaba en su despacho, debajo de un cojín.

Llevaba su corbata de tulipanes rojos el día en que nos reunió sonriente para decirnos que se acababan la extra de febrero y las vacaciones pagadas, la media hora del *tupper* y la cesta de Navidad. Aquella mañana en que le soltó al pedazo de pan de Moyano que lo sentía mucho por lo de

su hija (angelito, dijo), pero que la empresa no era una oenegé. Que qué más quisiera él.

Cuando el Señor Director General de Recursos Humanos entra por la puerta con su corbata de tulipanes rojos todos nos agachamos. Como cuando el profesor de física se disponía a escoger a quién sacar a la pizarra y uno no quería ni mirarlo. Por si acaso te sacaba al paredón.

Uno mentiría si dijera que el Señor Director General de Recursos Humanos tiene dientes de lobo y ojos de loco, si escribiera aquí que tiene cejas desflecadas y orejas de punta, y uno no es de mentir. Qué va. El Señor Director General de Recursos Humanos tiene los dientes normales y unas gafas de diseño que esconden unos ojos marrones y pequeños como avellanas. El Señor Director General de Recursos Humanos es mediano tirando a alto, atlético, de melena mojada con caracolillo en la nuca y de treinta y muchos o cuarenta. El Señor Director General de Recursos Humanos es amante del orden, colaborador de Ayuda en Acción y coleccionista de insectos que clava en paneles de corcho. El Señor Director General de Recursos Humanos camina muy erguido siempre, como mirándote desde muy arriba. Cuando coincides con él en el ascensor, siempre se está observando en el espejo. O quitándose un pelo de la nariz. Cuando le estrechas la mano, te das cuenta de que la tiene fría y escurridiza como un pez. Cuando le miras de frente reparas en ello: la cara de mejor persona que jamás hayas visto.

Se la pone muy de vez en cuando. La corbata de tulipanes rojos, digo. Cuando viene con las grises o las azules nunca sucede nada. Tampoco con las de rombos o las listadas. La última vez que el Señor Director General de Recursos Humanos se puso su corbata encarnada fue en enero para echar a Purita, su cuñada, que llevaba una semana recogiendo firmas por lo de la calefacción y a la que le dijo, expulsando perdigones por la boca, que si no sabía que en la calle hacía mucho más frío. Que si era idiota. Que si pre-

cisamente la más inútil tenía que ser la más tocacojones. Que si parecía mentira con la gorda (dijo la gorda, eso dijo). Que vaya ojo tuvo con ella su hermano Enrique, que en paz descanse.

Hoy el Señor Director General de Recursos Humanos entra a las nueve y dieciséis y saluda con un qué hay. Acaba de colgar su abrigo de paño marrón. Sacude ligeramente el paraguas y lo deposita en el paragüero. Se desprende de la bufanda y la deja en el perchero. Así.

Ya enfila por la moqueta hacia su despacho.

Lleva unos zapatos de piel de cocodrilo, un traje gris oscuro, un cinturón con hebilla dorada...

Ya está frente a la puerta y ya está entornándola.

... Lleva un Rolex Classic, una alianza de oro, unos calcetines a cuadros...

Ya está hablando con su secretaria al otro lado del cristal y ya está repasando la agenda del día.

... Lleva una camisa blanca con los puños azules, una pulsera de colores, un maletín de cuero...

El Señor Director General de Recursos Humanos sonrío y en la oficina estalla un haz de luz blanquísima que te deslumbra.

También lleva su corbata de tulipanes rojos.

En la sala de espera rectangular hay una docena de cómodas sillas de color naranja, un cuadro con tres ciervos y un caballo, dos láminas de rascacielos en blanco y negro, una ventana con vistas a la calle, una lámpara beis con forma de hongo y una pequeña mesita de nogal donde un puñado de revistas antiguas permanecen desordenadas esperando que alguien las vuelva a abrir. La misma atmósfera que habría en el recibidor de un despacho de abogados. O mejor: la misma atmósfera que habría en la consulta del dentista. Porque hay un no sé qué en el aire de olor a alcohol y a sangre, de tufo a muela cariada y a sudor.

En la sala de espera hay todo eso y además hay nueve personas que han ido sentándose en los últimos treinta minutos y que ahora se observan frente a frente. Se miran como animales de distintas especies que estrenaran jaula compartida en el zoo. Se miran como unos vecinos que jamás se hubieran visto y que un día se quedasen encerrados en el local de la comunidad. Se miran como los astronautas de una misión suicida, nada más cerrar las compuertas del Apolo y comenzar a rugir los motores. Se miran como lo harían nueve peces de colores que fuesen arrojados a una minúscula pecera.

Si te fijas bien, sin mucho esfuerzo, distingues al más nervioso y a la más tranquila, al que está en las últimas y al que viene a comerse el mundo, al más hijo de puta y a la más hija de puta, a la más triste y a la más escotada, a la que tiene las uñas mejor arregladas y al que más se las muerde.

En la sala de espera rectangular hay nueve candidatos, decíamos, y un hilo musical muy bajito que es lo único que rompe el silencio. En los quince minutos que llevan todos allí callados han sonado el «Summertime» de Ella Fitzgerald, el «Over the rainbow» de Judy Garland y el «Claro de luna» de Debussy. Solo una persona de las nueve reconocería las tres piezas, pero esa persona está un poco sorda. Solo cuatro podrían tararearlas, pero nadie en la sala tiene voz.

Ni ganas de hablar.

Ni tiene el coño para ruidos.

No se conocen. No se han visto jamás. No se han dirigido la palabra nunca. O eso creen. Si algún día se cruzaron en la acera o en el metro, ya ni se acuerdan. Así que no tienen por qué fiarse de ese tipo de al lado que está hojeando sospechosamente el *Hola*. Ni de esa mujer que mira la revista de motos y a cada poco levanta la cabeza como un suricato. Como en el juego del *Quién es quién*, no conocemos los nombres de los demás y únicamente sabemos de

los otros por las apariencias. No sabemos nada. No sabemos quién aguantará más tiempo de pie. No sabemos a quién le hace más falta el trabajo. No sabemos quién ganará. No sabemos quién de todos tiene más miedo a perder.

Está la Mujer del Bolso Marrón.

Está la Universitaria de las Gafas Verdes.

Está el Chico que Tiene un Tic en el Ojo.

Está la Madre de las Manos Pequeñitas.

Está el Señor de los Anillos.

Está el Cuarentón de las Patillas Pobladas.

Está el Chaval de los Ojos Hundidos.

Está el Profesor de la Barba Blanca.

Está la Señora que Frunce el Ceño.

A unos metros, al fondo del pasillo, con los pies sobre la mesa de su despacho, abriendo una carta, también está el Señor Director General de Recursos Humanos.

En los próximos minutos uno de los nueve vomitará y otro lamentará haber venido.

La persona que está a punto de vomitar sí lo sabe.

La persona que lamentará haber venido no.

El anuncio decía en letras grandes y negritas que se necesitaba comercial, que no hacía falta experiencia y que el salario estaba bien. Tres cosas decía. De esas que le dejan a uno pegado al periódico como les pasa a las luciérnagas con la luz. Lean, léanlo, que el Chaval de los Ojos Hundidos acaba de sacar el recorte arrugado del bolsillo trasero de su pantalón de paño y ya lo está releiendo. «¿Quieres trabajar? ¿Llevas tiempo buscando una oportunidad? Se necesita comercial urgente. Formación gratis a cargo de la empresa. Sueldo fijo más importantes comisiones».

El anuncio decía en letras menos grandes que se ofertaba una sola plaza, que se requería buena presencia y que el elegido habría de pasar un periodo de un mes de prueba.

El anuncio decía en letras pequeñas que los gastos de desplazamiento iban a cuenta de cada uno.

El anuncio decía en letras muy pequeñas que la selección se haría de un modo objetivo. Una serie de entrevistas a lo largo de varias semanas. Cara a cara. Con el Señor Director General de Recursos Humanos. Calle Desengaño, 9.

Lo que el anuncio no dice es que hoy fuera a llover de esta manera tan obscena, como si hubiese gente orinando desde el ático. Esta humedad de las casas antiguas. El frío de la espera en una sala de espera. Lo cerca que está a veces un grupo de nueve personas, y lo lejos.

Ni tampoco que en el pasillo de esta empresa dedicada a la venta de sillones giratorios hubiera un reloj de pared que hace tictac como un obseso, tictac como un insecto, tictac como un aviso, tictac como un entierro, tictac como un explosivo de precisión, tictac. Y otra vez tictac. Y otra más. Y otra.

—¿Me dice usted la hora, si hace el favor?

—¿Eh?

—La hora. Que si me dice la hora.

—Ah.

El que pide la hora es el Profesor de la Barba Blanca y el que dice primero eh y después ah es el Señor de los Anillos.

—Y media. Las diez y media van a dar.

—Gracias.

Sabemos que van a dar las diez y media porque lo dice el Señor de los Anillos. En ese tono justo que uno utiliza cuando quiere hacerse oír por todos, mirando de refilón y echándole un ojo a las tetas de la Mujer del Bolso Marrón, que le cae justo enfrente y que ahora aprieta tímidamente su Tous agrietado contra sí misma, a la altura de ese pecho asediado a tres metros de distancia.

No sabe si el mal cuerpo lo traía ya de casa o se lo está poniendo esta espera, pero la Mujer del Bolso Marrón siente el estómago con su lengua de bilis subiéndolo. Con la acidez golpeando como un martillo pilón en las entrañas. Co-

mo si una se hubiera tragado un corazón y le fuera empujando las tripas.

Le pasó lo mismo hace tres meses, cuando tuvo que agarrar por las piernas al chico, que ya tenía medio cuerpo fuera de la ventana y se quería arrojar al vacío. Le pasó lo mismo cuando los de Servicios Sociales le dijeron que tendrían que hacerles un examen psicosocial a ella y al hijo. Le pasó lo mismo la primera vez que fue al local de alterne y al final no se atrevió, toda la noche en la esquinita bebiendo tónicas y ella quitándoles las manos de la pierna, o diciendo que mejor no, el rímel ajado de una cincuentona bajo el neón. Le pasó lo mismo cuando llegó a casa después de aquella primera noche y se metió en la ducha y estuvo una hora bajo el agua porque se sentía sucia aunque no hubiera hecho nada, y lloró.

—¿Me permite? —le pregunta la Universitaria de las Gafas Verdes al Cuarentón de las Patillas Pobladas, señalándole el *Muy Interesante* que acaba de dejar en la mesa.

—Sí, cómo no.

La Madre de las Manos Pequeñitas está junto a la chica y levanta la mirada por encima de la revista que tiene entre las manos. Podría ser su hija la mayor, la Universitaria de las Gafas Verdes podría ser su hija. Por la edad, claro, solo por la edad. Porque su Angelines no tiene esta piel, ni este perfume, ni estas botas de agua de marca, ni estas ínfulas de ponerse a leer un artículo sobre los secretos de Tutankamón.

La Madre de las Manos Pequeñitas se pregunta qué diablos hace aquí. Si no habrá sido una bobada creerse que a ella la van a coger como comercial. Si no habrá sido un error decirle a la señora que hoy no iba, que la disculpara pero que hoy no iba, porque tenía a los dos pequeños con bronquiolitis, mintió, y su vecina la Inés estaba en el pueblo. Y que a ver.

—Huélelas —le había dicho la Madre de las Manos Pequeñitas a su hija la mayor aquella misma mañana, antes de

venir a la entrevista, acercándole las palmas de las manos a la nariz—. Huélelas, a ver si ahora.

—Nada.

—¿Nada?

—Te siguen oliendo a lejía, *ma*.

Todos miran al resto y todos dudan de sí mismos: en el espejo del otro te ves.

La Madre de las Manos Pequeñitas cree que todos se dan cuenta de su olor a desinfectante y que nunca ganará el empleo. El Chico que Tiene un Tic en el Ojo repara en que el párpado le está cabrioleando y piensa que todos le miran. No por ser el único negro en la sala. Sino por lo del ojo. Y que por ello no será seleccionado. La Señora que Frunce el Ceño se acuerda de la vela que le ha puesto al San Pancracio que tiene en el cuarto de estar y opina que al menos ella vale más que el negro. La Universitaria de las Gafas Verdes lee que Tutankamón fue «un faraón perteneciente a la dinastía XVIII de Egipto», y que su «máscara funeraria está en el museo de El Cairo», y que «su tumba no fue descubierta hasta el siglo XX», y levanta la cabeza y cree que los demás no saben nada. El Profesor de la Barba Blanca tose, le cruje la chimenea del alma, se mira en el Señor de los Anillos y ahora ve que no tiene ninguna posibilidad: él tiene buen pelo; él tiene buen bronceado; él no está encorvado; él no necesita un orujo de hierbas para ir a una entrevista. El Cuarentón de las Patillas Pobladas hace girar la pulsera rojiblanca y se acuerda de cuando le invitaban al palco VIP, y piensa en lo que le dijo la cría un día envuelta en una bufanda añil, eso de que mamá le compraba cromos de princesas cuando estaba con ella y él no, eso de que por qué no tenía más que una habitación, eso de que si él era pobre o no («Dime, papá, en serio, ¿tú eres pobre?»), y ya se ve mayor al lado de la Universitaria de las Gafas Verdes. El Chaval de los Ojos Hundidos se aprieta sus manos de esparto y va repasando los callos de la izquierda con el pulgar de la derecha, y siente envidia de los

dedos de pianista del Cuarentón de las Patillas Pobladas, de su forma de sentarse, de su forma de estar, y pide por favor por favor por favor por favor a Dios que no tenga que darle la mano, esa mano, su mano de albañil, a la persona que le haga la entrevista.

—Joder, la que está cayendo —dice primero el Profesor de la Barba Blanca.

—Hasta el sábado dan lluvias —dice después la Señora que Frunce el Ceño.

—Pues vaya —dice en tercer lugar el Chaval de los Ojos Hundidos.

—¿Es suyo ese guante verde de ahí? —dice en cuarto lugar el Chico que Tiene un Tic en el Ojo.

—Ay, perdón —dice entonces la Universitaria de las Gafas Verdes.

—Toma —dice luego el Cuarentón de las Patillas Pobladas.

—¿Qué hora es? —dice al instante la Madre de las Manos Pequeñitas.

Tictac furioso. Tictac aburrido. Tictac acusador. Tictac li-sérgico. Tictac de cuenta atrás.

El reloj de pared del pasillo da las once. «¿Quieres trabajar? ¿Llevas tiempo buscando una oportunidad? Se necesita comercial urgente. Formación gratis a cargo de la empresa. Sueldo fijo más importantes comisiones». El Señor de los Anillos no para de mirar a la mujer que tiene frente a él.

«¿Quieres trabajar? ¿Llevas tiempo buscando una oportunidad?».

Es la Mujer del Bolso Marrón la que se levanta. Es ella la que está pálida como la cera. Es ella la que lleva la frente perlada de sudor. Es ella la que abre mucho los ojos y se lleva la mano a la boca. Suena un solo de jazz por el hilo musical. Pero todos escuchan una arcada gruesa y animal, allí dentro, a oscuras, al otro lado de la puerta del baño de señoras.